

HOMILÍA – FUNERAL H. JUAN MANUEL CASTRILLO GONZALO
SAN ASENSIO, 10 DE ABRIL DE 2016

H. José Román Pérez Conde, Visitador Auxiliar

Lecturas: 2 Cor 4,15 – 5,10 y Jn 12,23-28

Queridos celebrantes, sobrinos del hermano Manuel, hermanos y amigos:

Al crucificado ya no hay que buscarlo *entre los muertos. Ha resucitado. Vive para siempre.* Toda la tierra participó del drama de la muerte de Jesús, porque era una muerte como la de todos pero al mismo tiempo única por su condición de Hijo de Dios condenado injustamente. Y si toda la tierra participó de su muerte, también participará de su resurrección, hoy de un modo particular está llamado a participar de ella nuestro Hermano Manuel, de la misma manera que hace bien poco, el 22 de febrero pasado, lo hizo su primo, el H. Fidel Santamaría.

El H. Juan Manuel nació hace casi 85 años en Baracaldo. Los cumpliría el 10 de mayo próximo. Sus padres, Pedro y Clementina, procedían de Burgos, Ahedo de la Sierra cerca de Barbadillo del Mercado, no lejos de Salas de los Infantes. Cosa sabida, pues lo comentaba con frecuencia y elogiaba la belleza de ese entorno burgalés. No desperdiciaba ocasión para recomendar el viaje desde San Asensio hacia el monasterio de Silos o su entorno, por la carretera que pasa por Anguiano cerca de Valvanera por la sierra de la Demanda.

El H. Juan Manuel hizo sus primeros estudios en la Escuela Nuestra Señora del Carmen con los Hermanos y a sus 12 años fue al noviciado menor de Irun. Allí comenzó su itinerario formativo religioso, de magisterio, auxiliar en física y matemáticas superior y el peritaje industrial mecánico. Su currículo comunitario y escolar comenzó en 1951 precisamente en San Marcial, Irun.

El H. Juan Manuel amaba la música y muchos recuerdos tienen que ver con ella, ya sea por el acompañamiento de órgano, ya sea por esa voz timbrada de barítono que aseguraba y mantenía la calidad y afinación de la salmodia comunitaria.

Durante algunos cursos cuando el Noviciado del Distrito estuvo ubicado aquí, en este monasterio, ofreció también su servicio para los ensayos de canto. ¿Quién no recuerda el cantoral "Oye mi canto, Señor", que él mismo elaboró y que tiene como portada el Monasterio de La Estrella con el Toloño en el horizonte? Está datado en abril de 1991 y hoy día, un cuarto de siglo después, todavía lo usamos en las comunidades, su calidad perdura con el paso del tiempo y los aires de otras modas.

Abro el citado cantoral en la página 164 y me encuentro con una canción de Emilio Vicente Matéu que se titula "Adiós amigo". En este momento de su adiós, nos apropiamos de su letra. Su tercera estrofa dice: "En nosotros perdura tu presencia, el recuerdo de amor no tiene fin; te sentimos viviendo a nuestro lado, pues sabemos que estás no muy lejos de aquí. Quiero que sepas, cuando te vas de aquí, que ni cielo ni tierra te alejarán de mí; más que la vida puede siempre el amor, y ese amor te da otra vida en mi corazón".

El mencionado cantoral, en buena medida, está elaborado artesanalmente. Las partituras con sus textos dan fe de la habilidad del H. Juan Manuel. Seguramente que la rotulación es deudora de su formación técnica. Sus estudios de ingeniería técnica le llevaron por las escuelas profesionales. Algunas de ellas: Sestao, Llodio (Director), Zumárraga, Irún, Santo Ángel y en la propia Estrella. ¿Cuántas láminas de dibujo técnico no habrán pasado por sus manos?

A finales de los 70 el H. Juan Manuel, sin embargo, rompió el itinerario de las profesionales del entonces Distrito Bilbao y escuchó la invitación del H. José Pablo Basterrechea. Se necesitaban técnicos en la India y el H. Juan Manuel dio su "fiat". Con el método de inglés en cassettes y un voluminoso diccionario Collins se marchó a Liverpool. Pasó un año con la Comunidad de la ciudad portuaria británica y ligero de equipaje puso rumbo hacia Asia. Fue un desafío lingüístico y cultural muy grande su estancia en la Boys' Town de la India Al cabo de tres años, cuando creyó que ya había dado de sí en su generosa experiencia, volvió a Valdeferro. Pero se trajo el polvo del recuerdo pegado a sus sandalias y siguió empeñado en recoger ayudas para las obras educativas y en sensibilizar en favor de los desheredados que conoció de primera mano. Creo que se enorgullecía de que algunos alumnos de vez en cuando le apodaran "el indio".

Y si nos imaginamos al H. Juan Manuel en el taller o en la sala de dibujo, ¿quién no lo recuerda en el jardín en frente del monasterio? No precisamente paseándose, sino trabajando la tierra para que unos arbustos espinosos se trastocaran en rosales con una gran variedad de rosas. Pero le gustaban unas de color rojo, sedosas... Dicen que entregar una rosa roja es como confesar la pasión por algo o alguien, una especie de declaración de amor. Y es que bajo el porte robusto, la voz firme y la afirmación rotunda, a veces, se percibía un tierno corazón. No pocos le habrán visto con las podaderas haciendo un ramillete para alguna agradable visita.

Infatigable lector. Nuestra revista Unánimes guarda algunos artículos y piezas literarias salidas de su pluma. ¡Cuántas horas habrá estado en la recepción, atendiendo el teléfono, escuchando música y cuando la vista no tan deteriorada por la diabetes se lo permitía, leyendo o resolviendo y coleccionando crucigramas! Era parte de su pasión por la lengua castellana. Se relacionó con Pedro Ocón de Oro, prolífico autor de pasatiempos. Con intención educativa el H. Juan Manuel recogió mucho de su material que puso al servicio de la escuela. Ahora estamos en tiempo de Pascua y nos imaginamos al H. Juan Manuel creando un *cruciresucigrama* personal. Entre sus vocablos probablemente estarían palabras como hermano, fidelidad, escuela, canto, rosales, entrega, música, agradecimiento y resurrección.

Seguramente cuando el H. Juan Manuel presentía que su vida iba apagándose recitó en su interior su deseo con las palabras del anciano Simeón: "Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz...".

La muerte, aunque esta vez no nos ha pillado de sorpresa, se alza siempre en nuestro camino como un muro lleno de interrogantes y de angustias existenciales. Todos aprendimos que los seres vivos nacen, crecen, se reproducen y mueren. Visto así no suscita emoción. Lo fuerte es cuando se aplica a una sola persona concreta y, además cercana a nosotros.

Agobiados por esas angustias existenciales, las palabras de San Pablo que hemos escuchado hace un momento, resultan como bálsamo: "Hermanos es cosa que ya sabemos, si se destruye este tabernáculo que es nuestra morada terrestre, tenemos un sólido edificio construido por Dios, una casa que no ha sido levantada por mano de hombre y que tiene una duración eterna en los cielos." Y esta es nuestra confianza que preferimos vivir junto al Señor.

La fe nos dice que cuando la vida humana llega a los extremos de sus posibilidades, en ese límite no nos encontramos con el vacío de la nada, sino con los brazos acogedores de Dios Padre todo cariñoso.

Sor María del Espíritu Santo, religiosa francesa Carmelita Descalza, decía: "No sé lo que ocurrirá al otro lado cuando mi vida haya entrado en la eternidad. Sólo estoy segura de que un AMOR me espera. Me gusta esa fe tan desnuda de conceptos que renuncia a cualquier intento de imágenes del más allá. No sé lo que ocurrirá al otro lado cuando mi vida haya entrado en la eternidad, sólo estoy segura de que un AMOR me espera".

Por eso, cuando el cristiano piensa en la muerte puede repetir sereno los deseos del salmo responsorial: "Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor". La muerte es sencillamente un a Dios, pero no adiós a los hombres sino un a-Dios, un hacia Dios.

La fe nos dice además, que lo que hacemos en estos momentos no es sólo recordar al H. Juan Manuel ante el altar del Señor, aunque sea lo primero que está delante de nuestros ojos. Saint Exupéry escribió en el Principito: "Lo esencial es invisible a los ojos". Hay otra cosa que no vemos con los ojos de la carne sino con los ojos de la fe y es que el H. Juan Manuel está junto al Señor.

Ante su muerte inminente, Jesús comparó el destino que le esperaba con lo que le ocurre al grano de trigo cuando lo entierran. Parece que ha terminado todo y al poco tiempo comprobamos asombrados que donde cayó el grano aparece una espiga llena de vida con un montón de granos nuevos. Es una comparación muy sencilla, pero también muy expresiva para explicar la fecundidad de la muerte cuando corona una vida llena de amor.

Aprovechamos este momento para agradecer al personal sanitario, a las cuidadoras, a los Hermanos de la Comunidad y a otros Hermanos que se han ofrecido para acompañarlo en sus estancias en la residencia y en el hospital. Su carácter, a veces, no era fácil de doblegar y os habéis dedicado con mano zurda y cariño a procurar lo mejor para él

Ahora, estamos participando en la Eucaristía con la esperanza de que el Señor lo haya acogido en su Reino de luz y de paz y pueda brillar en compañía de sus admirados Hermanos, como el Venerable Adolfo, *para siempre*.